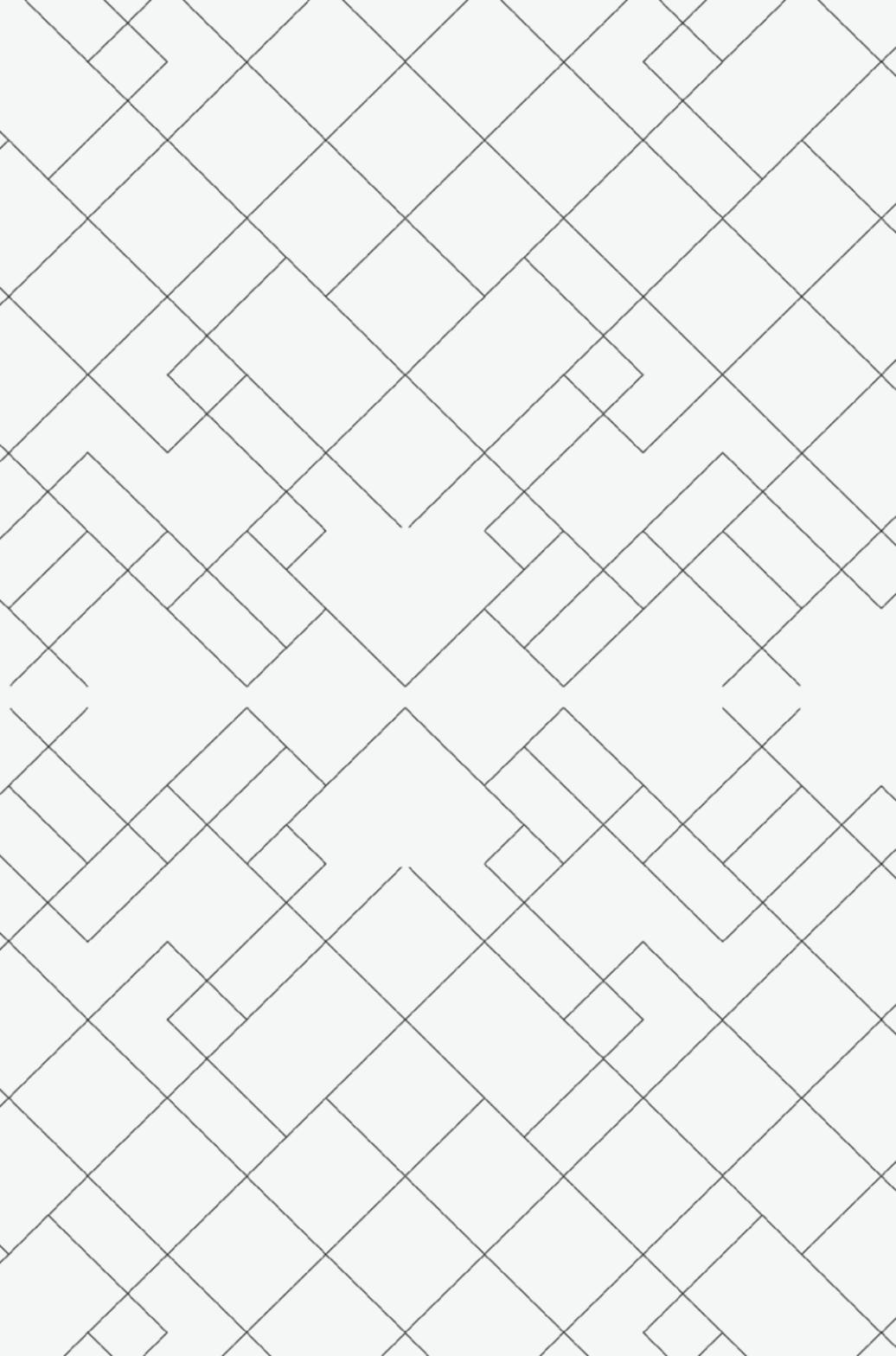




MACTINÉZ





ME ACUERDO

Martín Kohan

Kohan, Martín. Me acuerdo / Martín Kohan. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2020.
104 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-4086-83-9

1. Literatura Argentina. 2. Memoria Autobiográfica. I. Título.
CDD 808.8035

© Martín Kohan
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Corrección Hernán López Winne
Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián
Ilustración de Martín Kohan Juan Pablo Martínez

© Ediciones Godot
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)
[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)
Buenos Aires, Argentina, 2020

Impreso en Talleres Gráficos Porter, Plaza 1202,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
República Argentina, en marzo de 2020

Para Marina, mi hermana

Un libro digno de ser copiado

GEORGES PEREC,
sobre *Me acuerdo* de Joe Brainard

LA REMERA AZUL Y blanca, a rayas horizontales, que no me quise sacar durante todo el mes de vacaciones, ni siquiera para entrar al río.



El chofer del micro escolar se llamaba Sursolo.



Sursolo era hincha de Platense.



Un día Sursolo le preguntó a la chica que nos ayudaba a subir y bajar del micro si el vestido que tenía puesto mi mamá le gustaba.

La chica contestó que no. Sursolo agregó que a él tampoco.



A la casa de mis abuelos en Córdoba, donde pasábamos las vacaciones, se bajaba por una pendiente lateral. Los escalones de bajada eran largos, había que dar dos pasos en cada uno. A menos que se los bajara corriendo, que era lo que hacía yo al llegar. Entonces se apoyaba un pie en cada uno solamente.



El pueblo de Córdoba donde pasé las vacaciones de mi infancia se llama La Serranita.



En La Serranita había un borracho crónico que deambulaba por las calles del pueblo.

Se llamaba Patiño.

A todo el que lo saludaba: “¡Adiós, Patiño!”, él le respondía: “Patiño se murió”.



La vendedora de huevos de La Serranita se llamaba Juana. Pasaba por las casas. El perro que la acompañaba se llamaba Fabián.



Vacaciones en La Serranita, Córdoba [febrero de 1977]

La Serranita tenía una especie de intendente. Se llamaba Stoll. Se lo mencionaba siempre como “el señor Stoll”.

Era el que se ocupaba de apagar todas las luces del pueblo cada noche. Yo lo admiraba muchísimo por eso, la importancia de esa tarea, el poder que suponía.



El señor Stoll era muy probablemente un nazi refugiado, pero en mi familia jamás se mencionó el tema.



La empresa de micros con la que viajábamos cada año a La Serranita se llamaba “Colta”. Quebró hace años.



Los micros de larga distancia eran de “simple camello” o de “doble camello”, según tuvieran uno o dos desniveles en el techo.

Me llenaba de euforia que nos tocara un micro de “doble camello” para el viaje.



Para un baile de carnaval, me puse guantes de arquero y buzo de arquero y rodilleras de arquero. No

obstante, por la calle, una chica me paró para preguntarme de qué me había disfrazado.



El lugar de diversión en La Serranita se llamaba “El capricho rojo”. Después le cambiaron el nombre y le pusieron “El capricho verde”.



Mis padres ganaron el primer premio del concurso de baile de “El capricho rojo”, en la sección “rock and roll”.



Patiño era radical.

Un día le ofrecieron una botella de vino tinto de regalo, a sabiendas de que era alcohólico, siempre y cuando antes dijera: “¡Viva Perón!”.

Patiño se negó terminantemente.

La anécdota se contaba en mi familia como cosa divertida.



Mi novia de La Serranita se llamaba Mariquel.
El noviazgo se selló con un beso en la mejilla.